



*La concepción del universo en Dante.
Estaticismo frente a dinamismo evolutivo*

EDITORIAL

NATURALEZA Y LEY NATURAL

La referencia a la Naturaleza y a la Ley Natural se hace presente, de forma diferenciada por sus respectivos contextos, en este número de PENSAMIENTO. Es evidente que el fundamento ontológico de la vida humana y de la sociedad es la naturaleza. Somos seres naturales, surgidos en la historia natural, y por ello nuestra verdad individual depende de la verdad de la naturaleza. Somos reales en un sistema-de-realidad que nos contiene, pero el hecho fáctico es que lo real se despliega en el tiempo en forma de un sistema de fuerzas operativas que producen el mundo físico y el humano, el universo, la vida y el hombre. La realidad es naturaleza. Lo real existente se nos muestra fácticamente como la naturaleza que nos engendra como seres y nos da sentido. Lo hace como seres individuales, como hombres y, en consecuencia, como sociedad. Ahora bien, ¿qué es la naturaleza? ¿Cómo entenderla? Y en consecuencia, ¿cómo entender la existencia personal y colectiva?

El hombre, y también las sociedades humanas, han mirado a la naturaleza con una inquietud moral. Es un hecho que en el curso de la historia natural ha sido producida la especie humana y que en ella ha alumbrado la luz de la razón. Por ello, los seres humanos han caído en la cuenta de que para ser «reales» deben construirse su realidad por las propias decisiones. Un mineral retiene su realidad física estática y ciegamente. Un animal, en cambio, mantiene su realidad por acciones impulsadas por mecanismos automáticos de estímulo y respuesta. Pero el hombre debe «autorealizarse» por acciones orientadas por la razón. Autorealizarse es «dar realidad a sí mismo» y, por ello, es inevitable vivir preguntando por la propia realidad. Pregunta que debe responderla la razón. ¿Quién soy yo mismo? ¿Cuál es mi propia verdad humana? El hombre no puede hacer «su realidad» sin saber quién es y para ello debe preguntarse quién es en la naturaleza, ya que la verdad del hombre es la verdad de la naturaleza que le engendra y debe darle

sentido. Ser fiel a sí mismo es ser auténtico: fiel a la idea honesta de sí mismo que todo hombre ha formado en su interior por la razón. De ahí que la idea de sí mismo como ser natural se constituya en todo hombre como una urgencia moral. Es una urgencia que nace de la razón y nos impele a ser auténticos. La más antigua filosofía dictaminó ya que la moral tiene siempre su origen en la razón.

En su modo de ser realidad, en su contenido ontológico y en los principios operativos que la hacen desplegarse en el tiempo, la naturaleza impone, pues, al hombre su verdad. El mismo hombre en la constitución física, biológica y psíquica es parte de esa naturaleza y está integrado en ella armónicamente. El Ser de la naturaleza que es también el Ser del hombre establece el marco que impone a las acciones humanas su sentido, su moral, su adecuación a la verdad de referencia en que se integra la vida humana. De ahí que la filosofía clásica alumbrara ya el concepto de ley natural para expresar que la naturaleza, según su ontología operativa, se presenta ante la razón como una instancia a seguir, si es que el hombre quiere realizar la tarea fundamental que la misma naturaleza le ha entregado como tarea: la de hacer su propia realidad en autenticidad, es decir, en adecuación a la verdad de sí mismo en la naturaleza.

La persuasión de que la naturaleza está ahí, la persuasión de que somos parte de ella, la persuasión de que tenemos naturaleza individual y colectiva, la persuasión de que la naturaleza se constituye ante nosotros en ley natural a la que debemos ser fiel, no equivale a tener una idea de qué es la naturaleza y qué somos nosotros como seres naturales. El hombre debe afrontar el esfuerzo de construir una idea de la naturaleza y una idea de sí mismo como ser natural por el uso de la razón. Esta es la tarea que la filosofía ha tratado de abordar a lo largo de la historia. Es la tarea en la que todavía estamos inmersos.

El mundo antiguo construyó sistemas filosóficos que describían un mundo estable y fijo, cuya naturaleza imponía a la razón unos principios de actuación claros, definidos y estables que dieron sentido moral a los grupos humanos a lo largo de muchos siglos. Sin embargo, el conocimiento producido en los últimos siglos nos ha hecho conocer un universo dinámico y abierto; un universo abierto cuya naturaleza no está cerrada sino que se hace en el tiempo creativamente en medio de indeterminación y de probabilidad. Se tiene la sensación de que lo natural no está ahí frente a nosotros para ser «obedecido», sino que nos impulsa a la participación en un proceso dinámico creador todavía abierto.

La insistente llamada a seguir la conciencia moral sigue presente hoy, como estuvo también presente en otros momentos de la historia de la cultura. No dudamos de que somos parte de la naturaleza, de que nuestra verdad está en ella y de que debemos atenernos a los dictámenes que la verdad natural impone sobre nuestras acciones para que estas respondan a nuestra autenticidad humana y tengan sentido. Sabemos que nuestra vida está referida a una instancia superior, la naturaleza, que se constituye ante nosotros en ley natural de nuestras conductas. Tenemos la urgencia moral a asumirla porque sabemos que la autenticidad de nuestra vida depende de que lo hagamos. La misma sociedad quiere organizarse reflejando en sus leyes lo que pide la naturaleza y lo que pide también nuestra naturaleza humana en ella.

Pero el problema es conocer qué es la naturaleza, qué somos nosotros en ella y qué es la ley natural que debe dar sentido a nuestras acciones individuales y a las leyes en la sociedad. El conocimiento humano —por ejemplo, el que ha sido producido por la razón en los sistemas filosóficos— no siempre ha dicho lo mismo. Por ello, es responsabilidad de cada ser humano construir la filosofía que le instale en su idea de la naturaleza y de la ley natural, creando firmes consensos estables que permitan la deseada cohesión social.